

y, finalmente, esa ausencia de ruido, no es la muerte? ¿Qué otra cosa es la muerte? En la separación, un idioma desconocido nos visita de noche, nos habla con sílabas que son, no misteriosas (¡lo misterioso es el amor!), sino ininteligibles, y no entendemos nada. En la separación cesan todas nuestras sabidurías, pasamos a ser el último de la clase, el que viene después que el último, el que ya se encuentra con la puerta cerrada; y avanza hacia nosotros, y nos cubre, un analfabetismo infernal. El desamor nos vacía de lenguaje. Regresamos a la torpeza del animal, pero del animal que conserva la memoria de que una vez dispuso de palabras, disfrutaba la comunicación. La separación nos roba el ser —o nos lo escamotea— y nos deja únicamente el alvéolo del ser: algo parecido a la nada. ¿Y ahora? ¿Y ahora? Ah, ahora, los más apresurados identifican esa experiencia de supremo analfabetismo, de clamorosa e impúdica ignorancia, con la conciencia de la muerte y con un nuevo orden donde reina la nada. Pero los más humildes, muy trabajosamente, muy lentamente, corazón, muy despacio, inician, con cuidado conmovedor, la reconquista del lenguaje.

La separación convierte a nuestra vida en un idioma extraño. Los seres más autoritarios (es decir: los menos vitales), los seres inflexibles (es decir: los insolidarios, que suelen ser insolidarios, para empezar, consigo mismos), ante el advenimiento de ese idioma que repentinamente desconocen, reaccionan gritando con cólera o callando con un resentimiento que poco a poco se convierte en pus. Los seres más humildes se disponen a aprender ese idioma y traducirlo, con paciencia sin fin, una paciencia prodigiosa a la que tal vez con justicia debamos denominar coraje. Esa traducción es una forma de respeto y de amor a la vida, en lo que tiene la vida de memoria, de esfuerzo, de variedad y de enigma. Es una forma, en fin, de atención hacia lo inexplicable. (El progreso; por ejemplo, el progreso científico: no existiría sin atención hacia lo inexplicable. El progreso vital, la anchura personal, tampoco). Y, en fin, si no aprendemos a amar —o por lo menos a asumir— también lo inexplicable no saldríamos jamás del laberinto de nuestra soberbia. La soberbia, esa cosa erizada que constriñe, que no florece nunca, que niega, grita y rompe, que no construye nada. Y, por último: esa afanosa, lentísima, solidaria e inclusive orgullosa reconquista del lenguaje perdido, más que una humillación es un consuelo. Consuelo: ese lugar en donde la derrota se deslíe, se difumina, se oscurece, dejando paso, lentamente, otra vez a la claridad. A la luz de la vida.

3. La miel de las esquinas

Hace ya muchos años (os acordáis los dos, ¿verdad?) leímos una primorosa novela: *El cuarteto de Alejandría*. Mucho nos enseñaron, en nuestro oficio de escribir, aquellos cuatro volúmenes del repentino Lawrence Durrell. ¿Y en nuestro oficio de vivir? Algo debimos de aprender, pues la vida sucede en todo libro escrito con sabiduría. Pero ocurre que hay cosas que, tal vez por aprenderlas de muy jóvenes, por aprenderlas

muy de prisa, las aprendemos mal. Y allí, en una página del *Cuarteto...*, aprendimos tan entusiastamente, casi tan fieramente, un poema, que, tal vez, nos convenga desahogar ahora. Se trata de un poema de Cavafy, un poema con el que Durrell conferiría una porción de escalofrío al final del primero de los cuatro volúmenes. En él, Constantino Cavafy se dirige a cualquier desesperado, a sí mismo tal vez, y en todo caso al amante que se ha dado de bruces contra la soledad, y le recuerda que el propósito de huir a cualquier lugar de la tierra para encontrar la fe perdida, el palpito perdido, está destinado al fracaso. El poeta (o el lector) acorralado por la desposesión, exclama: «Donde quiera que mire se alzan las negras ruinas de mi vida». Y entonces imagina un lugar en donde algo pudiera ilusionarle, y sólo ve un mosaico compuesto por la noche, el desierto, la ausencia, la decepción y la fatalidad.

Ya Machado escribió (recomendó, tal vez): «A las palabras de amor / les sienta bien su poquito / de exageración». Es verdad: las palabras de amor suelen vestirse de domingo con la exageración; las palabras de amor, cuando son ciertas, suelen ser, a la vez, desmesuradas. La dicha no suele ser discreta. Menos aún, la expresión de la dicha. ¿Pero qué ocurre con las palabras y con el desamor? ¿Qué ocurre con la desilusión y las palabras? Mutuamente se desmesuran, se exageran también. El desolado es tan incontenible como lo es el dichoso. Quizá lo que suceda es que la inmensidad del ser no cabe ni en la desolación ni en la felicidad y, por eso, les fuerza las fronteras. Y de este modo, a las palabras de amor les brillan unas hebras de sol desmesurado, y las de horror o soledad suenan a demasiado frío, a demasiado Universo perdido y en penumbra. Suenan así los versos finales de Cavafy: «¿No comprendes que al arruinar tu vida entera en esta angosta esquina de la tierra, la has malogrado en cualquier parte de este mundo?» Y, entonces, el círculo se cierra, y ya no queda nada ante los ojos, y enmudecen el futuro y la carne, y el corazón se rebobina en el silencio, y la feria se acaba y quedan por el suelo botes viejos, y papel arrugado, y un viento solo que ni siquiera gime.

¿Fue, pues, una lección ese poema de Cavafy? ¿Aprendimos algo verdadero, es decir, algo vivo, en ese catecismo de la claudicación? Cavafy cuando escribió esos versos, y nosotros cuando los hemos celebrado, ¿no habremos caído en una red vertiginosamente tejida por el espanto e incluso por la complacencia? ¡Es tan fácil, cuando se sufre, decir que sí a la palabra no! Pero, en primer lugar, ¿quién nos ha dicho que un *no* urgente —y a veces vengativo— es más enérgico que un *sí* trabajoso? Los viejos, casi siempre, nos han recomendado que en toda cosa sería contemos hasta diez. ¿Y qué mejor momento para iniciar la cuenta que ese instante en el que toda la vejez cae sobre el cuerpo del amante vacío, del solitario súbito? ¿Contó hasta diez Cavafy? (¿Quizá la redacción de ese poema fue su modo de empezar a contar?) En segundo lugar, ¿para qué esa soberbia de aseverar que uno malogra su vida entera no sólo en esta esquina de la tierra, sino en cualquier lugar del mundo? Afortunadamente, la fuerza humana es más pequeña y no es tan fácil destruirse en todo el Universo. Sobre la destrucción, uno es actor y víctima a la vez. Y quizá sea, precisamen-

te, nuestra porción de víctima la destinada a iniciar el proceso de curación en esta esquina y en cualquier parte de este mundo. Y además, aquel poema —excelente— propone que aceptemos lo inaceptable: que el sufriente conoce el Universo entero, y que ese mundo total está vacío. Esos tres versos de Cavafy, tan hermosos, y escritos con tanta sencillez expresiva, tienen, no obstante, la teatralidad, la grandilocuencia que rezuma la certidumbre. Pero carecen de fe en las sorpresas que habitan en el propio corazón y en el corazón de los otros. Son versos fascinantes, pero están quietos como muertos. ¿Y cómo así? ¡La vida se mueve, la inteligencia busca, el corazón espera!

Las esquinas también. Hay una esquina (no una sola) en donde algo, posiblemente alguien, está aguardando ya (y tal vez más herido que usted, que tú, que yo) para ayudarnos a mitigar nuestro dolor, rehacer nuestra ruina. Tal vez, a pesar de Cavafy, cualquier esquina de este mundo, un instante después de parecernos un desierto, lentamente comienza a ser un prodigioso abrevadero; tal vez, a pesar de Cavafy, las esquinas no existen para probarnos los horrores de nuestra soledad, sino para ayudarnos a reagrupar nuestra convalecencia. Tal vez, a pesar de Cavafy, en cualquier esquina del mundo lo que habla no es la voz que nos susurra la dictadura del silencio, sino otra voz que, de un modo callado, cortés e incontenible, piadoso y vitalista, nos dice esas palabras que pronunciara alguna vez, y justamente desde alguna esquina, un Henry Miller furiosamente misericordioso: «Mienta, mendigue, robe, obtenga con zalamerías, amenace, lloriquee, gimotee, baile, vocifere, póngase cabeza abajo... ¡Haga lo que sea, pero no se rinda!». A fin de cuentas, Cavafy nunca se rindió. Quizá debamos hoy desaprender aquel poema de la claudicación y aprender el poema de su negativa al silencio, el poema vital de su victoria. Bailad, queridos, vociferad, poneos cabeza abajo, llorad si lo necesitáis —y lo necesitáis—, pero, por el amor que os tengo, no os rindáis. Claváos la separación en el centro de vuestra vida, pero sentíos orgullosos por el chorro de sangre que mana de esa herida, y esperad a la cicatriz y, por favor, pensad en las esquinas de la tierra: en ellas suenan ya, con música majestuosa, los algos o los alguien que os ayudarán a bailar con el ritmo de la fluidez del ser, por haber tenido el coraje de pagar tan altos precios por vivir. Vociferad, queridos, en esta oscuridad. Cuando se acabe el tunel, la luz, los campos, la inconcebible inmensidad, de pronto estallan como bombas de miel y nos llenan de dulzura la cara. Aguardad esa miel que todas las abejas del mundo fabrican sin cesar desde el origen de la vida y desde el fondo de vuestro corazón, de vuestro corazón hoy maltrecho y, por ello, decente y respetable como no lo fue nunca. Brindo por vuestro corazón. El de hoy: despedazado y casi sordo. Y el de mañana: resurrecto, humilde, indestructible.

Horacio Martín